

ENTREVISTA A EMMA LÓPEZ LEYVA, TRABAJADORA SOCIAL DEL HOSPITAL SAN JUAN DE DIOS, 1950-1970

María Eugenia Martínez
Trabajadora Social. Profesora Jubilada
Universidad Nacional de Colombia

Resumen

Emma López Leyva reconstruye fragmentos de la memoria sobre su desempeño profesional como trabajadora social en uno de los centros hospitalarios emblemáticos de Colombia, en donde encontró atención especializada un sector importante de la población capitalina y del país. Habla de la inclusión del análisis social en los paradigmas médicos. Enfatiza en la función mediadora del Trabajo Social que procuraba interpretar las especificidades de las culturas populares en lo que respecta al cuidado de la vida.

Abstract

Emma Lopez Leyva reconstructs fragments of the memories on her professional performance as a social worker in one of the emblematic health care centres in Colombia, where she found specialised attention for an important sector of people from the capital city and from all over the country. She discusses the inclusion of social analysis in the medical paradigms. She emphasises the mediating function which tries to interpret the popular cultures specificity regarding life care.

ENTREVISTA A EMMA LÓPEZ LEYVA, TRABAJADORA SOCIAL DEL HOSPITAL SAN JUAN DE DIOS, 1950-1970

María Eugenia Martínez

*Trabajadora Social. Profesora Jubilada
Universidad Nacional de Colombia*

Emma López se graduó como trabajadora social en la penúltima promoción de la Escuela de María Carulla anexa a la Universidad del Rosario, en 1948, y se desempeñó como profesional en el Hospital San Juan de Dios durante 20 años, entre 1950 y 1970.

El Hospital San Juan de Dios, el más antiguo de la capital del país, fue creado en 1564, después de 26 años de fundada la ciudad de Bogotá. Funcionó por dos siglos a espaldas de la catedral y desde sus inicios fue administrado por los Padres Hospitalarios que llevan el mismo nombre. El Hospital San Juan de Dios se cerró en el año 2000.

M.E.M.: Emita, ¿por qué estudió trabajo social?

Emita: Yo estudiaba en el colegio de las Belemitas y una amiga dos años mayor que yo me contó de la Escuela de Ma. Carulla. Me llamó mucho la atención tratar de ayudar a la humanidad y sobre todo me animaba la imagen de María Carulla, era tan recta en esos campos. Entonces decidí entrar en el año 46.

M.E.M.: ¿Estudió con las primeras promociones?

Emita: No, más bien con las últimas, pero allí todas éramos amigas. Teníamos sólo tres años de estudio. Para entrenarme en mis primeras prácticas me mandaron a Bavaria, allí estuve 1 año, en 1948, cuando



Emma López, 1950.

aconteció lo de Gaitán. En la fábrica me costó un poco de trabajo que entendieran qué era el trabajo social, querían que reemplazara a la enfermera. Después de una ardua lucha, logré realizar el trabajo social, principalmente con las mujeres obreras, quienes eran mayoría, y los obreros que laboraban en la fábrica. Realizaba visitas domiciliarias y daba consejos cuando se podía.

Después la Escuela me envió al Centro de Salud No. 5, en el barrio Samper Mendoza, habitado

principalmente por familias obreras. Allí también el trabajo fue duro. Luego me pasaron al Centro de Salud No. 8 en el barrio de la Perseverancia. El trabajo se realizaba con los niños y en coordinación con Inés Gómez del Jardín Infantil Obrero¹.

Finalmente, pasados dos años me fui para el Hospital San Juan de Dios.

M.E.M.: ¿Qué labores realizaba en el hospital?

Emita: Yo me ubiqué en la oficina de Asistencia Social, desde el principio dirigida por el Dr. Enrique Enciso. El equipo lo conformábamos 6 trabajadoras sociales y 2 secretarias. En ese entonces el hospital contaba con 620 camas aproximadamente. Todas dependíamos de la Beneficencia de Cundinamarca.

Nosotras entrábamos a las 7 de la mañana e iniciábamos con la encuesta social obligatoria a los pacientes, antes de ir a la consulta. Se recogía información sobre la familia y las entradas económicas, y con base en esos datos se les clasificaba en una de las cuatro categorías. La A no pagaba nada, la B empezaba a aportar en dinero y la D tenía la tarifa más alta.

A las 10 de la mañana empezábamos el recorrido del piso asignado a cada una, según las especialidades.

M.E.M.: ¿Con qué criterios se especializaban los pisos?

Emita: Cada piso se especializaba según la enfermedad, por ejemplo: ortopedia, cirugía, desequilibrio

mental. El piso de maternidad era el más grande y el que más problemas tenía. Allí trabajaba con Ana Ma. Prieto, Anita Rodríguez en consulta externa y Nora Vargas, todas egresadas de la Escuela de Ma. Carulla. Posteriormente, fueron llegando estudiantes en práctica y egresadas del Colegio Mayor de Cundinamarca y de la Universidad Nacional.

M.E.M.: ¿Cómo eran las relaciones de ustedes con las estudiantes?

Emita: Con las estudiantes teníamos muy buenas relaciones, las profesionales las supervisábamos y ellas nos colaboraban en todas las tareas que estaban bajo nuestra responsabilidad. Eso sí, estaban por periodos muy cortos. Recuerdo a Lourdes Rivera, Ma. Eugenia Andrade y Lucía Posada.

M.E.M.: ¿Qué clase de problemas atendían?

Emita: Todos eran de sentido social, por ejemplo, las familias de los accidentados no sabían qué había pasado con ellos, ni dónde estaban.

Atendíamos además problemas económicos, muchas personas que iban a consulta externa no contaban con el dinero para volver a sus pueblos, entonces les colaborábamos con el pasaje. El chofer del hospital los llevaba en la buseta hasta las agencias y les compraba el tiquete, no se podía entregar plata.

M.E.M.: ¿Venía gente de otras poblaciones?

Emita: Sí, claro. Se atendía más gente de afuera que de Bogotá, los habitantes de la ciudad se defendían con otros hospitales. Se presentaban problemas con los ancianos que nos dejaban en la puerta de la institución con la orden de negar a la familia. Ante tal situación, primero tratábamos de buscar a los parientes, pero en caso de obtener resultados negativos, realizábamos la

1 Ver entrevista a Inés Gómez Granados. Revista de Trabajo Social No. 3, Departamento de Trabajo Social, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, 2001.

remisión institucional. Por ese entonces existía en Sibaté un asilo de la Beneficencia donde nos recibían sólo a los hombres. A las mujeres las enviábamos a un ancianato en la calle 1ª con carrera 14, vecino al Hospital de la Misericordia.

En aquella época las trabajadoras sociales del Hospital San Juan de Dios teníamos relación directa con los ancianatos, íbamos dos veces por semana para saber quiénes querían salir, vincular a quienes le habíamos encontrado la familia, o a quienes eran reclamados.

Con los enfermos mentales se llenaba la consulta, a los hombres los enviábamos al asilo de locos en Sibaté y a las mujeres al asilo de locas en la calle 5ª con carrera 12. Allí había también consulta externa y ambulatoria.

Otra situación se presentaba con los tuberculosos, en ese tiempo el diagnóstico de la enfermedad conllevaba rechazo social, ahora ha disminuido un poco. A ellos los recibían con facilidad en los hospitales de San Carlos y Santa Clara, que, hoy en día, son de atención general. Las trabajadoras sociales llevábamos la lista de los pacientes que tenían salida y se les facilitaba el viaje en flota. Para los leprosos existía otra opción, la remisión al municipio de Agua de Dios, donde se aislaban del resto de la población.

M.E.M.: La maternidad presentaba la mayor demanda para ustedes, ¿cuáles eran sus problemas y servicios?

Emita: Sí, en maternidad había mucha, mucha gente, todo los servicios para las maternas dependían del San Juan de Dios. Cuando se construyó la carrera décima, se separaron las instalaciones para no estar cruzando. Así mismo, esa unidad dependía de nosotras, teníamos aún dos trabajadoras sociales, quienes hacían primero la investigación y posteriormente atendían todos

los problemas socio-familiares relacionados con las maternas.

Las mujeres se nos presentaban al parto con sus chinitos, o los habían dejado solitos y encerrados, o no habían alcanzado a avisar a la familia. Las señoras manifestaban su angustia por el abandono, entonces, a esos niños menores de 8 años los recogíamos, íbamos en la ambulancia y los teníamos en la guardería, que ya se acabó. También hablábamos con las familias y algunas se hacían cargo de los niños. Muchas veces se les autorizaba a las internas la salida y en un abrir y cerrar de ojos nos dejaban a los menores abandonados en la guardería.

En consulta externa de pediatría se daba la misma situación que en maternidad, mantenía un movimiento bastante alto. Así la mamá se inscribía y se le hacía seguimiento antes y después del parto.

M.E.M.: ¿Abandonaban incluso al recién nacido?

Emita: No, al recién nacido si se lo llevaban con ellas. Algunas veces lo regalaban por ahí en la puerta, dos veces encontramos a los bebés en la caneca de la basura. Las mamás siempre han tenido problemas, afortunadamente la mayoría han sido responsables, pero siempre hay unas con más problemas.

M.E.M.: En esos casos extremos, ¿qué hacían las trabajadoras sociales?

Emita: Como hacíamos la investigación para la historia social, teníamos la dirección o el pueblo, e íbamos a entregarlos. Si no encontrábamos a la familia, los pasábamos al hospicio que también quedaba en Sibaté.

M.E.M.: ¿Había un sistema de adopción organizado?

Emita: No era lo común, en ese tiempo sólo existía para la adopción la Casa de la Madre y el Niño, donde recibían al recién nacido, previa autorización del juez y estudio de las parejas adoptantes. Con este procedimiento nunca nos devolvieron a los niños, tampoco se nos presentaron casos de reclamo. Posteriormente, se crearon varias Casas y el Instituto de Bienestar Familiar reglamentó el proceso.

M.E.M.: ¿Qué acontecía con los padres de los niños y las niñas?

Emita: Los padres de los niños abandonados casi nunca aparecían. También existió en nuestra oficina el Auxilio a Madres Indigentes, se les daba 20 ó 40 pesos. Cada trabajadora social visitaba a domicilio uno de los 6 sectores en que dividimos a Bogotá, para corroborar la indigencia y la recepción del auxilio. Lo hacíamos una vez al mes, en las horas de la tarde, después de almorzar en las casas, ya que no teníamos la jornada continua.

M.E.M.: Emita, ¿qué otros problemas encontraban ustedes al hacer el diagnóstico familiar?

Emita: El mayor problema: la mujer abandonada, la madre soltera. Ellas trataban de trabajar pero el nivel de la pobreza era una situación bárbara. La mayoría de las mujeres clasificadas estaban en la categoría A, o sea, no podían pagar nada.

M.E.M.: ¿Eran madres solteras, pero, y los padres quiénes eran?

Emita: Un día, como cuento aparte, le pregunté a una bobita que llegó y tuvo gemelitos, ¿cómo se dejó embaucar y ahora qué va a hacer? Me dijo: es que me ofreció 5 pesos, pero me salieron a 2 pesos con cincuenta.

Sabes, los hombres siempre se aprovechan mucho de las mujeres, en la ciudad y en el campo, de allí también nos llegaban muchos casos de madres solteras.

M.E.M.: ¿Ellas conocían quiénes eran los padres?

Emita: Sí, sí sabían, pero no lo decían, eran hijos de fuera del matrimonio, eran empleadas que venían embarazadas de la misma casa. En una ocasión realicé una visita domiciliaria y la señora de casa me dijo que preferían que fuera de allí mismo y no que buscaran por fuera.

M.E.M.: ¿Recuerda el libro sobre el Servicio Doméstico de Álvaro Villar, profesor de la U.N., quien planteó la tolerancia de las amas de casa sobre la práctica de la iniciación sexual de los hijos con las empleadas domésticas?

Emita: No, del libro no recuerdo..., pero esa situación que dices era algo similar a la que encontrábamos en nuestro trabajo, era una locura, había mucho hijo natural. Al hacer algunas historias sociales nos encontrábamos con que la joven que había entrado al hospital por la noche, salía al día siguiente en la página social de los periódicos disfrutando de un viaje de placer a los Estados Unidos. Con ellas sí era más frecuente el proceso de adopción, con voluntad de entregarlo y constancia escrita. Esa situación era considerada como pecado.

En otras ocasiones nos encontrábamos con que los padres de los niños eran los señores de las haciendas, por supuesto, esas madres que atendíamos nosotras vivían en la periferia de la ciudad o venían del campo. Y como problema adicional, nosotras nos sorprendíamos con el hecho de que algunas familias que vivían en el norte, descubrían la existencia de algunos familiares en el sur.

M.E.M.: Álvaro Villar describe un fenómeno relacionado con lo que usted dice, el derecho a pernada, o sea, el campesino brindaba su hija al patrón para que fuese iniciada sexualmente con honor.

Emita: Así es, además los hombres no tenían ningún control. Se hacía su voluntad.

M.E.M.: Volviendo a las formas de atención, ¿de qué entidad dependía ese fondo para los auxilios?

Emita: Ese fondo dependía de la Beneficencia, se acabó cuando Leonor Serrano fue gobernadora del departamento de Cundinamarca. Ella decidió construir en terrenos de la Beneficencia y de ésta tan sólo quedó una oficina en el 5° piso de la nueva Gobernación. A nosotras nos pagaba la Beneficencia, después pasamos a depender de la *Secretaría de Hacienda* y luego nos pasaron a Porvenir.

M. E. M.: ¿Recuerda alguna reforma interna del hospital por aquella época?

Emita: No, yo creo que durante las dos décadas fueron muy estables y no se sintieron cambios notables en la institución.

M.E.M.: ¿Cómo era el trabajo de ustedes con los médicos?

Emita: Ellos eran muy colaboradores, cuando tenían algún problema familiar o social se comunicaban inmediatamente con nosotras y nos solicitaban la ayuda. Después de que murió el Dr. Encizo nombraron como director de la oficina de Asistencia Social a Alberto Rey Sanabria. Él tenía muy claro que los problemas de salud estaban íntimamente relacionados con las condiciones de vida familiar y desde allí se podían solucionar.

Cuando a mí me pensionaron por tiempo, me reemplazó Inés de Angarita; no duró mucho tiempo, pues pasaron la oficina de Asistencia Social a la Dirección de Estadística.

M.E.M.: Antes de empezar a trabajar en el hospital, ¿estaba organizada la oficina de Asistencia?

Emita: Sí, antes de llegar yo allí trabajaban Nina Correal y Zolita Acero. Ellas desempeñaban las mismas funciones que te he contado. Sin embargo, tenían una mayor vinculación con las otras dependencias de la Beneficencia: el ancianato, el hospicio, el asilo de locos y de locas. A ellas las mandaban a supervisar esas entidades. Posteriormente, las separaron y se centró el trabajo social en el hospital y en cada dependencia nombraron una trabajadora social. Todas seguimos colaborándonos.

M.E.M.: Como grupo profesional, ¿tenían alguna incidencia en la formulación de las políticas de salud?

Emita: No, uno trabajaba y trabajaba, pero no tenía acceso a esas instancias.

M.E.M.: ¿La Escuela de María Carulla tenía algún convenio con el hospital?

Emita: No, no tuvo convenio con el hospital.

M.E.M.: ¿Qué vínculos tenían las trabajadoras sociales con la dirección de la Beneficencia de Cundinamarca?

Emita: Nos relacionábamos con bienestar de personal, allá había contratadas dos trabajadoras sociales únicamente para atender a los empleados. No conozco a ninguna trabajadora social que haya estado de directiva de la Beneficencia.

BIBLIOGRAFÍA

FUNDACIÓN MISIÓN COLOMBIA, *Historia de Bogotá*. Tomos 1 a 4. Villegas-Salvat Editores. Bogotá, 1989.

LOZANO, Bautista Guillermo, *Beneficencia y Medicina*. El Hospital San Juan de Dios y la Universidad Nacional. Fondo Editorial CIEC. Bogotá, 1983.

RAMÍREZ, Ma. Himelda, *Las Mujeres y la Sociedad Colonial de Santa Fe de Bogotá, 1750 - 1810*. Cuadernos de Historia Colonial. Instituto Colombiano de Antropología e Historia. Bogotá, 2000.

_____, *El Estado, la Iglesia, la Pobreza y los Problemas Sociales en Colombia (Siglos XVII al XX)*. Fotocopia, Bogotá. U.N. 2002.

ROSSELLI, Humberto, *Historia de la Psiquiatría en Colombia*. Tomos I y II. Editorial Horizontes. Bogotá, 1968.

SAMPER, Miguel, *La Miseria en Bogotá y Otros Escritos*. U.N. Bogotá, 1969.

SORIANO, Lleras Andrés, *Crónica del Hospital de San Juan de Dios, 1564-1869*. Italgraf. Bogotá, 1976.

VARGAS LESMES, Julián, *La Sociedad de Santa Fé Colonial*. CINEP. Bogotá, 1990.

VARGAS, Jurado, J.A, *Tiempos Coloniales*. Biblioteca de Historia Nacional. Imprenta Nacional, Bogotá, 1902.

